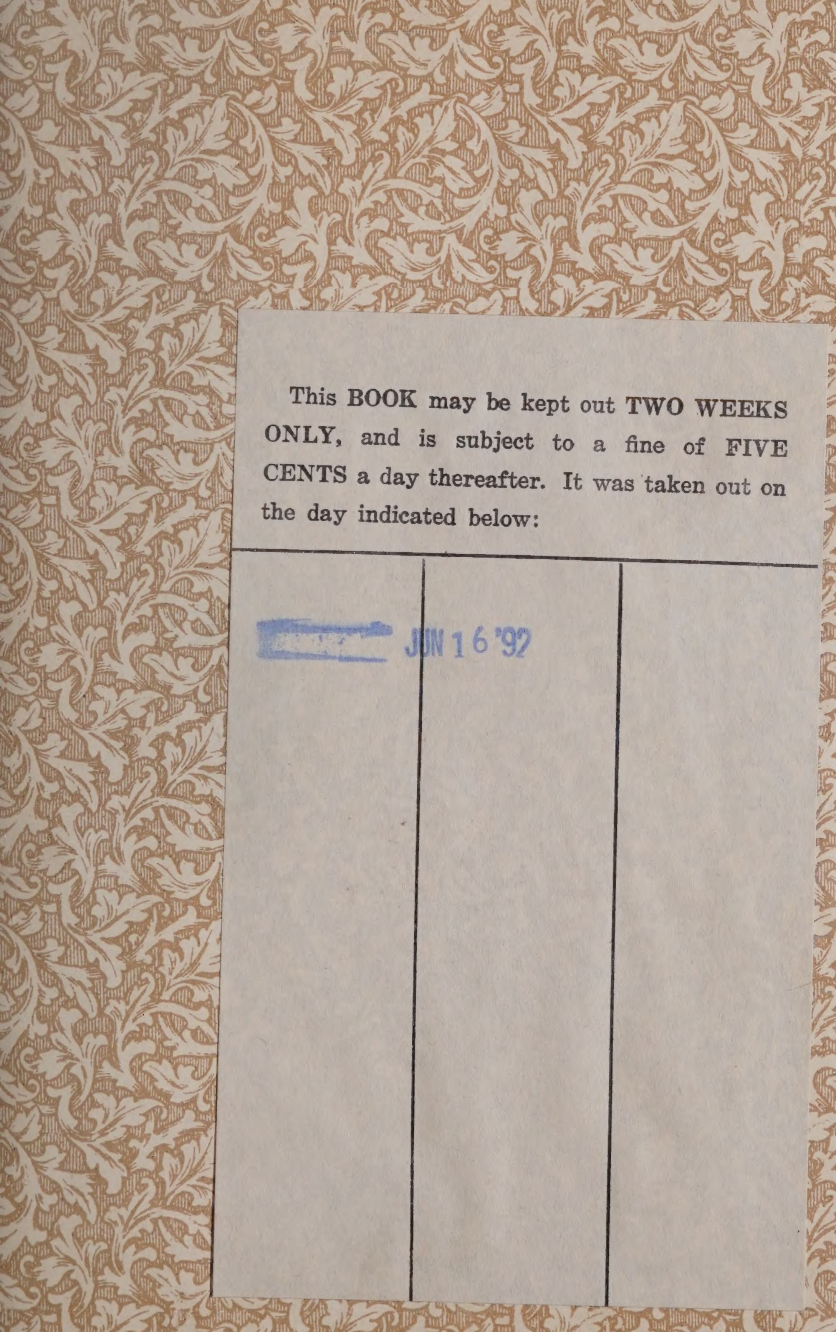



This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:
JUN 16 '92

GRANOS DE ARENA

ARTURO MARTINI

GRANOS DE ARENA

BUENOS AIRES

1924

Dedico este libro a
mi buena madre.

ALGUNAS PALABRAS

Yo mismo me presento. La ayuda, en estas oportunidades, implica temor. Y todo espíritu que se amilana ante la magnitud del caso, sólo merece la indiferencia colectiva.

Si por eventualidad mi creencia es errónea, tampoco deseo que nadie se atribuya la incomodidad de presentarme.

No se me tilde de orgulloso, ni nadie vea, en semejante **anormalidad**, más que el gesto de un hombre, cuyo afán se reduce a prescindir de cualquier prólogo, por el simple motivo de odiar el padrinazgo intelectual.

Bien sé que si este volumen llevara unos renglones de algún cerebro de fama, no sería tratado con la imparcialidad que ambiciono, pues siempre la opinión de una autoridad en el campo de las letras, no permite a ciertos críticos expresarse como deben, por la razón de respetar la firma del prologuista.

Yo quiero que se me trate con absoluta sinceridad, sin consideraciones ni rodeos. Soy un devoto de la Verdad Máxima y admiro, por lo tanto, todo aquel ser que me trata con franqueza.

Al presentarme solo, guiado por un afán que en nada me desmerece, no es que suponga a mi libro un "capolavoro" y esté seguro del triunfo. No; ni dudarlo. Mi obra es enteramente modesta, y poseo la virtud de no abrigar convicciones absurdas.

El fin que persigo, vuelvo a repetir, es que se me analice con toda justicia, no dejando el crítico de castigarme si fuese necesario.

Por ventura, soy de aquellas personas que agradecen el consejo y reconocen sus errores cuando alguien se digna señalárselos, siempre que tales observaciones no carezcan de fundamento.

Grande es mi satisfacción al realizar una de mis mayores ilusiones. Y me halaga el decir que he puesto en mis trabajos toda la expresión del alma: la expresión del sentir y de lo que he sentido...

Y ahora, de pie, ante tribunal formado por la conciencia humana, yo espero se me juzgue abiertamente.

Arturo Martini

A M O R . . .

A Rhin

RESPUESTA

Amar es aprender el verso azul
que el Destino en la Vida buriló;
y es sentirse con alas, como tú,
y es llorar de alegría, como yo.

DEVOCION

Adorable muñeca;
diosa elocuente de mi azul ensueño;
de mi país de gloria. Virgen pálida.
Sonata rubia como el sol de enero:
tu poeta loco, anhelante, dúctil,
amoroso y enfermo,
quiere brindarte un búcaro de estrellas
en la armonía de estos pobres versos...

Amada, novia pura, santa novia,
— estrella tutelar de mi sendero —
la quietud del crepúsculo esmeralda
me sorprende evocando tu recuerdo,
viviendo la añoranza de tus ojos,
de tus ojos extáticos y negros...

Deidad nimbada de esplendores líricos,
¡oh! tú eres de mi puro pensamiento
la reina, en esta tarde que caduca
con la pena eucarística de un rezo.
Y es por tanto, ventura de mi vida,
sensitiva musa de mi áureo plectro,
que yo ansío brindarte como ofrenda,
cual gratitud, como homenaje eterno,
todo un pálido búcaro de estrellas
en la armonía de estos pobres versos!. . .

A MEDIA VOZ

Es suave como el cándido asfodelo.
Es pura como un ósculo sagrado;
su núbil corazón hecho de cielo
cobija un sentimiento inmaculado.

Dos sueños de gardenias son sus manos;
un armónico verso su garganta,
y simulan sus ojos soberanos
los ojos inmortales de una santa.

Me quiere con ingénita hidalguía.
Su amor es un amor todo armonía,
sin la sombra más leve del engaño.

Y yo la adoro tanto, lo confieso,
que muchas noches no le he dado un beso
por el solo temor de hacerle daño.

ESCUCHA...

¿Quiëres que sueñe? Sé tierna
como el suspiro de un pájaro.
¿Quieres que viva? Sé pura,
con la pureza del nardo.
Y si mi muerte una dicha
te proporcionara, acaso,
déjame verte una vez
en el calor de otros brazos.

VENCIDO

Mundo blanco de ventura,
flor suprema de mi lira
con dulzor del que suspira
porque el suspiro es dulzura...
Reina lírica en tu albura
de magnolia y de candor:
soy cancionero de amor
que en esta noche ambiciono
subir contigo hasta el trono
del bueno y noble Señor.

Al amparo suficiente
de la tranquila glorieta,
el jazmín será un poeta
que irá a besarte en la frente.
Junto a ti, sublimemente,
bajo este amante embeleso,
te haré, mi amor, de exprofeso,
como una ofrenda amatoria,
un anillito de gloria
con el platino de un beso.

La noche, toda expresiva
en su quietud soberana,
finge una mística hermana
que estuviera pensativa.
Ven, mi rosa sensitiva;
de tu honor ante el santuario
me inclinaré, voluntario,
por vez primera vencido.
¡Tu pureza ha conseguido
que un león se vuelva canario!

DEFINICIONES

Un ósculo de amor es un acorde
que escapa de los labios;
y es aroma melifluo que proviene
del corazón que vive enamorado.
Y es la adorable comunión alada
que en el altar de los anhelos sacros,
efectúan las almas que se quieren,
bajo una grácil bendición de astros.

NOCTURNO

A Marta Farcy Clement.

Las estrellas, cual novias doloridas,
desflecan esta noche su romanza;
y el efluvio de cosas fenecidas
nos lleva, poco a poco, a la añoranza.

Y la nívea duquesa de los cielos,
errante en sus jardines de inocencia,
me dice en la virtud de sus anhelos
el pesar de una extraña confidencia.

Y hay un mal que a las almas despedaza,
y hay perfume de muerte y de misterio,
y un sepulcro me miente cada casa,
y el conjunto me finge un cementerio.

Como vida que en llantos se desgarra,
como un beso augural, como una cuita,
desde lejos la voz de una guitarra
suspira una elocuente vidalita.

Y el graznido pasmódico de un cuervo
que en la noche traduce sus querellas,
pone un luto diabólico y acerbo
sobre el alma de todas las estrellas.

De pronto, en mi noctívago delirio
te recuerdo, mujer, con fe sagrada,
y destruye el horror de mi martirio
yo no sé que fantástica alborada.

Y en ofrenda de amor y excelsamente,
en una cárcel de suspiros presos,
te envío para el trono de tu frente
los pajes temblorosos de mis besos.

Y mi ser añorando tus jardines,
el decoro auroral de tus encantos,
parece florecer como jazmines
bajo gotas de ensueños sacrosantos.

¡Oh, amada, qué célicas visiones!
¡Qué visiones doradas y halagüeñas!
Siento el alma florida de emociones
lo mismo que la tuya cuando sueñas.

Un puñado de gratas fantasías,
a la luz de un deseo indefinido,
con las hojas de buenas melodías
formaron en mi espíritu su nido.

Me imagino ya verte en el momento:
Tu cuerpo, todo gasa, todo albura.
Tus ojos, aromados de contento.
Tus manos, impregnadas de ventura...

Y en tu frente, con gusto colocada,
la corona de azahares infinita,
como un verso de nieve inmaculada
sobre el pecho de un cisne que medita.

Los dos hacia el altar. Miles de flores
rimándonos sus gracias a los dos,
mientras llueven los sacros esplendores
de una música astral, hecha por Dios.

Se me finge, en edén de eucaristía,
sobre un bello rosal hacerte el nido,
como un ave sahumada de alegría
bajo el dulce mandato de Cupido.

Y en ofrenda de amor y excelsamente,
en una cárcel de suspiros presos,
te envío para el trono de tu frente
los pajes temblorosos de mis besos.

MOMENTO

Dame, novia, la flor de tu sonrisa
que en tus labios de ensueño y de escarlata,
tiene el dulce lirismo de la brisa
y atrae como una frágil serenata.

Ven, acércate en íntimo embeleso,
que esta grave quietud es oportuna
para hacer, en el alma de algún beso,
la ascensión al castillo de la luna.

Dame, amada, un abrazo prolongado,
que al vivir embriaguez tan infinita
soñaré lo que nunca se ha soñado,
pues cada estrella me dará una cita.

Que tus senos solemnes y amorosos,
de tu bata chinesca en la vivienda,
no giman como nenes temblorosos
ante el gesto de un cuco de leyenda.

Deshójame en el piano
la música exquisita que tú sabes,
y dime si Chopín, el buen hermano,
tuvo amores con astros y con aves.

Por ninguno te vayas de mi lado;
no me dejes tan triste, sin tus rosas,
como un sueño de seda abandonado
sobre un grupo de cartas amorosas.

Y repite en mis brazos, al tomarte,
que podré realizar porque me animas,
el placer, novia tierna, de ofrendarte
la góndola del sol, entre mis rimas.

INVITACION

Caballeros bendecidos por el sol de la quimera;
romancistas confidentes del silencio evocador:
con la copa desbordante y a la clásica manera
deshojemos esta noche todo un brindis al amor.

Bajo glorias estelares, bajo cánticos diversos,
con los ojos fulgurantes y entereza de titán;
por la novia que es el alma del rosal de nuestros versos
apuremos la dulzura confortante del champán.

Que el espíritu se embriague de doradas emociones;
que la alondra del Ensueño diga augusta sus canciones,
con más bríos que en otrora, con más santa excelsitud...

Y que al cálido embeleso de estas horas nocturnales
nuestras copas al chocarse rimen notas de cristales
como un lírico homenaje de mirífica virtud!

MOTIVO

A Sara Clotilde Carracedo

Como una monja apenada
por un recuerdo remoto,
con la blancura del loto
y el dulzor de una mirada,
la buena luna, hermanada
a mi insólita tristeza,
figura un alma que reza
en el silencio triunfante,
que tiene gracias de amante
cuando en los labios nos besa.

La noche es novia vestida
con largo velo de nieve,
y el terso encanto conmueve
como una frase querida;
los misterios de la vida
forman solemne legión;
y boga del corazón
en el mar, glauco y sedeño,
la barquita del Ensueño
con rosas en floración.

De pronto, desde un teclado,
lleno de angustia y de "spleen",
vuela del grande Chopin
el nocturno delicado;
y en el aroma sagrado
de la noche soberana,
se fuga por la ventana
de enlutecido aposento,
la alondra azul de un lamento
que libertó una sultana.

Calla el piano soñador
como ante un mundo de agravios,
lo mismo que de unos labios
muere una endecha de amor...
Y en el profundo sopor
de la noche enamorada,
mientras añoro a la amada
con el amor que merece,
la luna más me parece
toda una monja apenada.

CYRANESCA

Peregrino incorregible, voy diciendo mis canciones
con la rara sutileza de mi espíritu triunfal...
Soy el pálido bohemio de las grandes ilusiones
que ha devuelto muchas veces por un beso un madrigal.

Soy el dúctil caballero de los líricos blasones;
el que viste sus ensueños de una túnica ideal,
el que glosa sus bondades en sus cálidas pasiones,
y el que dice que es su novia todo un lirio celestial.

Soy el tierno enamorado de unos ojos inmortales,
— de los ojos de mi amada — de unos labios virginales,
de una cándida sonrisa, de unas manos y una faz...

¡Y por Ella, por su vida, por su gloria, por su suerte,
no me arredran los combates, ni las penas, ni la muerte,
ni siquiera el mismo reto del maldito Satanás!

FRIO...

A Elbio D. Rossi

DESESPERACION

¡Oh! noche tenebrosa, noche impía,
sin un poco de luz para mis penas...
Sin la dulce y piadosa melodía
que reanime mi pobres azucenas.

No entiendo, no concibo
porqué causa te mofas de mi duelo,
renunciando a brindarme el lenitivo
de una nota feliz, en oro y cielo.

Me figuras al verte de ese modo,
tan llena de impiedad, pueril y cruenta,
una de esas crisálidas del lodo
que se burlan si un hombre se lamenta.

Tú eres torpe, mi herida no restañas,
tú te ríes de un alma combatida
como ríen los seres sin entrañas
al romper el cordaje de una vida.

Torva noche sin nupcias ni azahares,
en que todo a mi espíritu es reacio;
no hay calor de románticos cantares,
ni fiestas en el reino del espacio.

De pureza no viste a la campiña
la luna de las tenues palideces.
¡Cómo extraño la ausencia de esa niña
que en sus brazos me tuvo tantas veces!

La quietud preconiza cosas malas...
No tiemblan de pudor los blancos senos...
¡Ay, qué triste es tener tan buenas alas!
¡Mejor es no volar! Se sufre menos.

PLEGARIA

Señor: en esta noche de misterio,
de inquietudes horrendas y nefastas,
en que visten crespones
las liras y las almas,
escúchame este ruego que formulo
con la fe sensitiva de los parias...
Es el ruego sencillo y elocuente
de un enfermo que es grande porque canta.

Yo tengo — bien lo sabes — una novia,
una novia más grácil que una santa,
que me arrulla con esa mansedumbre
que florece en el beso de las auras.

¡Si supieras, Señor, cuánto me quiere!
Qué divina es la miel de su palabra...
Yo no sé... ¿cómo hablar? Es vano intento;
no es posible, Señor, mejor hallarla.

La venero yo tanto,
la adivino tan mía dentro el alma,
que no tengo más gloria que sus besos.
Ella es todo, Señor. La musa blanca,
la reina del imperio de mis flores,
¡bendita por su gracia!

Escucha, pues, Señor, lo que te pido.
No olvides mi plegaria:

Mi novia sufre mucho.
—¡Pobrecita mi novia sacrosanta!—
Yo no puedo escuchar su voz de angustia,
yo no puedo vivir ante sus lágrimas...
Por eso te suplico en esta noche,
que le arranques por siempre de su alma,
todas esas negruras que la postran,
todo el rudo cansancio que la mata.
Tú comprendes, Señor, que las gardenias
son flores delicadas,
y que pronto se agostan en la pena
lo mismo que se mueren sin el agua.

Dame a mí su dolor. Yo soy más fuerte.
Sufriré a tu capricho, si la salvas.
Si es preciso morir, por ella muero.
No me arredra el abrazo de la Parca,
¡que es muy bello, Señor, despedazarse
por la noble princesa que nos ama!

ANGUSTIA

Diosa egregia, bello arcángel, novia buena, reina mía,
sol de ensueño, luz de luna, suave cántico estelar:
recluído en los enigmas de esta noche, horrible y fría,
más que siempre, como nunca, no te dejo de evocar.

¡Qué tristeza tenebrosa!... Todo gime en agonía.
No hay aroma de caricias, ni caricias de cantar...
Y los pájaros enfermos, de mi enferma fantasía,
deprimidos por el miedo, no se atreven a volar.

Con el alma flagelada, decaída, sin potencia;
pordiosero de un alivio que redima mi existencia,
te reclamo, reina mía, palpitante de emoción.

¡Y al notar que tú no acudes a vendar mi intensa he-
[rida
me obsesiona el pensamiento de fugarme de la vida
destrozando en cien pedazos mi doliente corazón!

CONVENCIMIENTO

Tú serás el arcángel que algún día,
con sus manos balsámicas y amables,
me cerrará los párpados
al conjuro de todos sus pesares.

Tú serás, sí, la dulce margarita
que en mi hora fatal triste me llames,
con la angustia de aquéllas que enloquecen,
con tu voz cariñosa y suplicante,
con tu pecho oprimido por la fiebre
y el glacial sentimiento del instante.

¿Quién será, sino tú, que en ese día,
con la noble franqueza de una madre,
me dará la amargura de sus lágrimas
y el candor de sus besos aurorales? . . .

¿Quién pondrá, sino tú, sobre mi féretro
un manojo de flores que acompañen
los restos del que fuera tu esperanza? . . .

Tú serás, tú serás como esas aves
que al perder el encanto de su vida
deshojan la azucena de sus males,
y buscan los rincones solitarios
donde orar por el muerto, tarde a tarde...

Comprendo
mi novia que al faltarte
tu Sol — como me llamas, —
no hallarás almas buenas que te calmen.
Sentirás el vacío de mi cuerpo,
de mis pobres palabras, de mis frases;
y al pensar que mis labios,
en las noches tranquilas y lunares,
ya nunca se abrirán para ofrecerte
las flores de sentidos madrigales;
entonces, virgen mía,
pedirás en tus duras soledades,
con los ojos muy fijos en el cielo,
esa paz que da fin a los pesares,
esa paz que el azar habrá cedido
a este fiel soñador, que supo amarte.

¡Yo sé, mi tierna novia,
que muy pronto vendrías a buscarme!

ENTRE TUS BRAZOS POR SIEMPRE...

Noche funesta y sombría...
Misterio ambiguo y doliente.
Gimen las sombras nocturnas
como esperanzas que mueren...
Vuelan rumores de lágrimas,
todo a pensar nos impele.
La indolencia de los árboles
gozoso el cierzo estremece.

Ven, alada excelsitud,
divina novia celeste
que compartes mi nostalgia,
que vives mis padeceres...

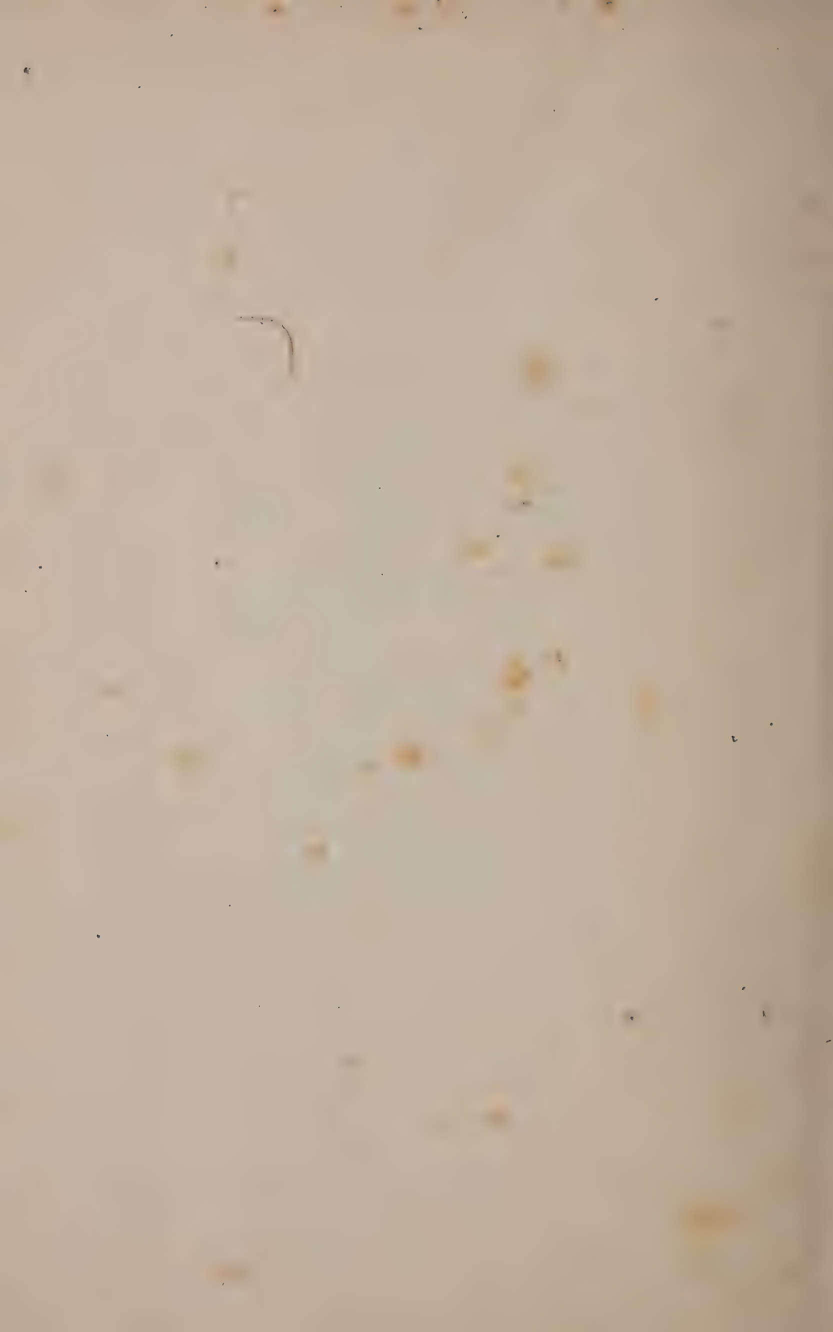
Quiero dormirme en tus brazos
que son dos himnos de nieve;
ven, que ansío de tus labios
vivir el puro deleite
en la gloria de tus besos,
que son hijos de las mieles.

¡Qué frío tengo en el alma!
Ven a mí, serenamente,
con sutileza de tórtola,
con esplendor de claveles,
como un ensueño con alas,
como una diosa de oriente.

Entre el albor de tus brazos
te pediré humildemente
que recites el poema
de tus blondas avideces.
Te hablaré de mis esplines,
me besarás en la frente,
y haré yo un verso inmortal
con nuestra pena, si quieres.

Ven, suprema noviecita
que mis inviernos comprendes;
ven, ofréndame tus brazos
que son dos himnos de nieve.

¡Quiero dormir, ángel mío,
entre tus brazos por siempre!...



AGUAFUERTE

A Aníbal J. Imperiale

CHANTECLER

Yo no temo el furor de los rencores
de esos seres con alma de reptiles,
ni me compran los fatuos impostores
al calor de homenajes infantiles.

No me llega el perfume de las flores
que brotan de la envidia en los pensiles;
al pájaro que precia sus valores
no le incumbe la chusma ni los viles.

Heme aquí victorioso en la alta cumbre
sin tener más aurora que me alumbre
que el amor de mi reina ilusionada...

Y sabedlo que para mí en la vida,
excluyendo a mi madre y mi elegida,
poco vale el honor de una estocada!

LA NARRACION DEL VIEJO

(Poema)

A Eduardo María de Ocampo.

Vagando por doquier, con rumbo incierto,
blasfemando del mundo y su ironía,
llevo en el alma un ruiseñor que ha muerto
bajo el sollozo de una tarde fría...

Peregrino azorado y dolorido,
infundiendo terror con mi figura,
tengo el porte funesto de un bandido
que en el crimen colmara su ventura.

Los seres anormales, los del llano,
los que nunca llegaron a la cumbre,
me toman por aborto del pantano
cual si fuera una flor de podredumbre.

Ignoran que adoré, que yo he vivido
del amor lo esencial de sus delicias.
¡Qué saben esos rústicos de un nido
formado con plumaje de caricias!

Yo supe deleitarme entre las flores
y el Ensueño brindóme su fortuna,
y ascendí, como muchos soñadores,
por la escala de un beso, hasta la luna.

¡Cuántas rosas, y sueños, y alegría!...
¡Oh, las tardes felices que han fugado!...
La copa del amor en que bebía
partióse como un pecho apuñaleado.

La criatura, la virgen, la que amaba,
la suprema mujer que tanto quise,
cierto día con otro me engañaba
destruyendo el santuario que le hice.

Yo jamás la supuse tan cobarde;
fué traidora lo mismo que un ofidio.
¡Qué ganas de morir tuve esa tarde!
¡Oh, qué tarde especial para el suicidio!

Mis ojos contemplaron
la escena sicalíptica y funesta;
la fusión de los cuerpos que rodaron
con el placer de un corazón en fiesta.

Y hasta tuve el coraje, la osadía,
de dejarlos un rato, así, triunfales,
felices en la erótica alegría
de los bárbaros goces materiales.

Y después... y después, ¿cómo explicarlo?
Mi mujer... el amante... ¡la vergüenza!...
Pensé que era muy propio asesinarlo
lavando con su sangre aquella ofensa.

Y buscando un puñal, todo deshecho
en amargura, fiebre, iracundía,
lo hundí con mano trémula en el pecho
de aquel hombre que hurtaba mi alegría.

Un grito de dolor, brutal, preciso,
partió de la garganta del avieso;
la sangre derramóse sobre el piso
formando un charco espeso.

Mi mujer, indecisa,
saltando de la cama envuelta en llantos,
dejaba adivinar tras la camisa
la blanca morbidez de sus encantos.

Y ante el cuadro inmoral y el fatalismo
de saber que aquel cuerpo denigrado
se uniera en un espasmo de erotismo
a las carnes del hombre asesinado;

restallóme el cerebro, por mi mente
la idea de matar cruzó más dura,
y asiendo con mis manos fuertemente
la garganta sutil de la perjura,

la apreté justiciero, exacerbado,
con el odio de todo aquel marido
que al vivir con la fe de ser amado
notara que su esposa le ha mentido.

La justicia cayó como un gusano
sobre mí, que en la sombra estaba envuelto;
pero Dios que es tan noble y soberano
se puso a mi favor, y fuí absuelto.

Desde entonces no sé lo que es trabajo.
Voy sin ruta, sin sueños, sin afanes,
recibiendo el maldito escupitajo
de la torva comparsa de rufianes.

Y el buen viejo callando tristemente,
tan lleno de dolor ante la vida,
doblegó, todo pálido, su frente,
que era un pecho de garza envejecida.

Y yo enfermo, convulso, derrotado,
bajo tales momentos angustiosos,
con el alma sin luz, partí callado,
como parten los hombres respetuosos.

A UNA MUJER

No pretendas, mujer, con tu belleza
ni con frases de impúberos candores,
cautivar la gloriosa gentileza
de mis buenos y pálidos amores.

No trates de buscar la sutileza
de mis cándidos besos soñadores,
ni intentes empaparte de tristeza
queriendo compartir mis sinsabores.

Oye, mujer: claudica en tus empeños.
Tú no puedes gustar los mismos sueños
de mi vida doliente que se agota...

¡Porque eres una flor de sensualismo
que encierras en tu cuerpo el fatalismo
de un alma miserable de cocota!

EL CARNAVAL SE APROXIMA

Al doctor Martín Reibel

Momo se acerca, fulgurante, erguido,
con sus bromas, sus risas, sus engaños;
dichoso de no haber envejecido
viviendo entre placeres tantos años.

Y parece que el alma de la Vida,
sepultando el dolor de sus reveses,
palpitase feliz y divertida
al pensar en futuras embriagueces.

Las hijas del taller y el sacrificio,
las flores de los ojos fatigados,
construyen ya su lírico edificio,
con base de puntillas y volados.

¡Oh! la enorme ilusión de tal enjambre,
de ese núcleo de jóvenes obreras,
que se ríen tal vez hasta del hambre
para dar de comer a sus quimeras...

La mujer lujuriosa y denigrante,
para quien el trabajo está de más,
ya medita en buscar un nuevo amante
que entre besos le quite el antifaz.

Los días del prosaico y del pedante
se aproximan. ¡Qué actividad de mentes!
La máscara es la fiel representante
de toda la torpeza de las gentes.

Enviará la Carroña los hedores
de sus llagas eternas,
a esas niñas—pudor de los pudores—
que triunfan sin la ayuda de sus piernas.

La Verdad en mi pecho se conforta;
no procuro pecar de moralista,
mas si alguno lo duda, ¡qué me importa!
Yo tengo de mi parte al hombre artista.

Carnaval: Vanidades... Espejismo...
Sarcasmo... Serpentinas por el suleo...
¡Pero, nada, ni un poco de lirismo
que hiciera soportable tanto duelo!

Todo irá de color... ¡Hasta las penas!
¡Qué de cuerpos luciendo trajes rosas!...
¡Oh!, contesta, Señor: ¿Por qué a las hienas
permites que se vistan como diosas?...

¡ÁNIMO!

Para Luis P. Calé

Oye, hermano, que vagas por doquiera,
llorando tu infortunio en el camino,
sin pensar en la flor de una quimera
que armonice el mal gusto de tu vino.

Si el amor te enfermó de esa manera,
si esclavo fuiste de querer mezquino,
cayendo como un águila altanera
bajo el hórrido engaño femenino;

resucita, reacciona, rompe el vuelo
y olvídala, buscando en otro cielo
la estrella de verdad, pura y querida.

¡Bien alto ese valor! ¡Hay que ser fuerte!
¡Que los hombres que piensan en la muerte
no valen ni la muerte de su vida!

CUMPLIENDO MI PALABRA

Yo contraje con vos un compromiso.
Me pedísteis que fuera muy sincero
y aunque os cause un enojo duradero,
señora, cumpliré como es preciso.

—¡Qué hacer para que un grande amor merezca!
—Señora, perdonad mi crudo azote:
yo creo que no es arma un gran escote
para hacer que algún hombre se enloquezca.

Vos lo usáis con sobradas libertades
y en lugar de imponer santo respeto,
obligáis a que un hombre sea indiscreto,
bajo el grito de torpes ansiedades.

La mujer que ambiciona cosas tiernas
y que sueña el amor de un idealista,
debe siempre buscar esa modista
que no obligue a mostrar nunca las piernas.

No anheléis un cariño sobrehumano
si la falda que usáis, virtud no ofrece;
la mujer sin pudor sólo merece
las flores que rodean su pantano.

Para ser del agrado de los seres,
de esos hombres de lírica existencia,
hay que estar en la luz de la decencia;
la decencia es la flor de las mujeres.

El carmín que gastáis, exagerada,
os impulsa al abismo.
¡Los labios con pintura son lo mismo
que una enorme mentira disfrazada!

Si queréis relucir como un sagrario
y gustar del Amor todo el deleite,
bien justo es no abusar de tanto afeite
pues no sois una artista de escenario.

Vivid sin cocaína. Hablad medido.
No tan **condescendiente** en las reuniones,
y seréis una flor de los salones
con opción a un afecto no mentido.

¡MALDITA SEAS!

Pecadora desalmada que vistiendo pura seda
vas mostrando la elegancia de tu cuerpo engañador,
contoneándote fatuosa, como un símbolo nefasto,
y enjoyada por los seres que embaucaste con tu amor:

Yo que sé tu negra historia de mujer envilecida,
que te arrastras en el fango donde siempre reinarás,
ni siquiera te deparo la bondad de mi saludo
porque soy de aquellos hombres que no llevan antifaz.

Mala hembra que acoquinas con tu absurda extrava-
[gancia
de la casta mujercita la existencia angelical,
has nacido para sombra del honor de tu familia,
descendiendo a los establos de la vida material.

La belleza de la cara se la debes al masaje.
Son ficticios los encantos de tu ser provocador.
No daría por tu cuerpo que es el reino de las lacras
ni tampoco la moneda de más ínfimo valor.

Los abortos del Fracaso, del Error, de la Ignorancia,
los que adoran la simpleza de la flor del lupanar,
se te rinden cariñosos, como siervos miserables,
cual si fueras una virgen que soñara en un altar.

Y ellos colman, afanosos, el menor de tus caprichos,
y son seres entregados a tu dura voluntad,
que mareados por el humo de tu torpe hechicería
se revuelcan, como bestias, en tu misma obscenidad.

Por tu culpa solamente, solamente por tu culpa,
porque sola te perdiste, porque fué tu inclinación;
no merecen tus acciones el honor de la disculpa
ni por tanto de los hombres la sincera absolución.

¡Mala madre! ¡Mal nacida! Por el ansia de lo impuro,
por la sed de nuevos goces, por más goces conocer;
sin dejar a tus criaturas ni siquiera un triste beso,
te marchaste, indiferente, para nunca más volver.

¡Oh! ramera maldecida por el alma de los dioses,
arca llena de egoísmo, de placer y perversión:
¡si es que existe la Justicia, como existen las maldades,
tú caerás hecha pedazos en tu altar de Maldición!

NOCHE...

A Américo J. Monti y a la
señora Irma de Monti.

ANANKE

Doctor: a usted que es hombre de conciencia,
le suplico llorando
que intente realizar lo inconcebible.
Me dijeron que es grande cirujano,
y que muchas personas lo idolatran
por lo bien que con ellas se ha portado.
Yo comprendo, doctor, que soy muy pobre...
que poco es el jornal de mi trabajo;
y que haciendo un supremo sacrificio
me es posible vivir con lo que gano.
Mas... escuche, de mí no desconfíe,
que yo soy un obrero muy honrado.
Le prometo pagar lo que me pida,
quedaré sin un mísero centavo,
pero quiero, doctor, que me lo cure,
poniéndolo feliz entre mis brazos.

No enmudezca; repítame que el nene
no está muy demacrado,
pues me asalta, doctor, un miedo enorme
al notar que se pone usted tan pálido.
Deme mucho coraje, lo preciso;
no me mire, doctor, como exclamando:
"Su hijito morirá dentro de poco...
No puedo hacerle nada en este caso"...

Su mamá, como un ángel, cierto día,
cuando casi ya estaba agonizando,
"yo te dejo el nenito" — murmuróme. —
"Sé muy bueno con él. ¡Lo quiero tanto!
Complace sus caprichos y no olvides
por siempre de cuidarlo".

¡Oh! doctor, considere mi amargura.
Si es hombre usted casado
y gustó la alegría de ser padre,
realice de salvármelo el milagro.
Yo, a mi esposa, doctor, he prometido
llevarle el querubín, de cuando en cuando,
y hacer que el angelito le deshoje
con su habitual encanto,
un puñado de flores en su tumba,
regadas con mi llanto.

Ya hace tiempo, doctor, que con el nene
no voy al camposanto;

y es preciso que él vaya con las flores
pues su mamita lo estará esperando.

La quietud de la noche es imponente.
Del hogar, el galeno se ha marchado
porque la astral criatura
de los cabellos claros,
se fué con las alitas muy tendidas
volando hacia el imperio del arcano.

OFRENDA

Huerfanita cariñosa de los ojos irritados
por un llanto intermitente de funesta realidad:
la injusticia del destino colocó toda tu vida
bajo un piélago nefasto de perenne obscuridad.

Una lluvia de pesares, de temores infinitos,
con indómita inclemencia te lastima el corazón,
pues sumióse en los arcanos de la muerte inexorable,
tu adorada madrecita, que era el sol de tu ilusión.

Ya las blandas armonías de caricias venturosas;
de caricias todas llenas de un encanto redentor,
no tendrán tus rulos lindos ni tu cara compungida
por la fiebre desolante del más tétrico dolor.

Ya el purpúreo terciopelo de tus labios temblorosos
quedará sin la ambrosía de la boca maternal,
ni en el ritmo de mil frases, estrelladas de pureza,
subirás hasta la luna como un pájaro triunfal.

¡Pobre ángel que te quedas en el mundo corrompido!
Sin encantos, sin mamita, sin la lumbre de su amor...
Sin miradas bondadosas de unos ojos elocuentes
y sin cálidos consejos de un criterio superior.

Junto al féretro cuajado de violetas pensativas,
tus plegarias se dirigen al imperio celestial...
Y en tu luto de inquietudes se debate reciamente
la paloma de tu alma, con misterio sepulcral.

Tus amigas te contemplan con dolor y con respeto,
como enfermas de presagios y de místico sentir,
y más tarde permanecen un instante cabizbajas
cual pensando en el axioma tremebundo del morir.

Y las madres comprendiendo tu tristeza de vencida,
se aproximan a tu lado con sincera devoción,
y te obsequian sus cariños y sus áureas mansedumbres
en un gesto soberano de infinita compasión.

Y los jóvenes mordaces, ocurrentes y festivos,
alelados por la sombra de tu rígido penar,
permanecen taciturnos, rememoran a sus madres,
y se sienten impelidos por el ansia de llorar.

¡Oh! doliente muchachita ya sin rosas de alegría;
sin caricias que mitiguen tu desgracia juvenil...
Sin consuelos que despierten las benditas floraciones,
las benditas floraciones de tu pálido pensil;

ten mis lágrimas miedosas, son engendros de mi pena,
son girones convulsivos de mi loca desazón...
Son materias blanquecinas de mis llagas interiores,
¡son brillantes que regalo cuando siento compasión!

RECORDANDO A LA NENA

Dime, Jorge, ¿verdad que duele mucho
recordar la alegría de otros años?
¿No sientes — como yo — toda la pena
de saber que de casa la llevaron?
¿Es posible, Dios noble,
que la nena que tanto idolatrábamos
ya nunca volverá para infundirnos
ese grande valor que precisamos?

Tus ojos se humedecen, Jorge mío...
Yo sé que los recuerdos causan daño...
La vida de aquel ser, del capullito
que una noche maldita nos robaron,
era el Todo de nuestras esperanzas,
era altar, era cielo y era canto...

¡Qué torpe, qué terrible es el recuerdo!
¿Por qué debió morir?... ¿Por qué se ajaron
sus tiernas carnecitas?
¿Por qué ya se apartó de nuestro lado?
Señor... ¡era tan bueno el angelito!
¡Lo queríamos tanto!

Mira, Jorge; contempla este ropero.
¿No ves con qué cuidado
yo guardo su ropita?
¿Verdad que de sus cosas parte un algo
que simula una queja?
¡Cuántos **chiches** por ella abandonados!...
¿Te acuerdas que esta fina bombachita
se la puse en el día de su santo?
¡Oh! fíjate en sus nuevos zapatitos,
los zapatitos blancos,
y fíjate también en el babero,
en esas mediecitas... en los aros,
y en el roto andador que la abrazaba.

Cuando veo la cuna, que he guardado
por no hacerte sufrir, mi buen esposo,
me ataca el más fatal de los cansancios.
Se doblan mis rodillas... Tengo frío;
y es entonces que grito y que la llamo.

Cuidad a nuestra nena, ¡Dios sublime!
¡Cuidadla, por favor! ¡Os lo imploramos!

LOS ABUELITOS

A Francisco Beláustegui

Bajo el ala del silencio, dos humildes abuelitos,
noche a noche cabizbajos junto al rústico fogón,
rememoran al hermoso nietecito rubicundo
que al marcharse para siempre les partiera el corazón.

Ya fugaron esas horas de serena algarabía;
ya se fueron esas tardes coronadas de bondad;
ya no tienen alegrías los enfermos viejecitos
porque viven en el luto y en la eterna soledad.

Temblorosos por el frío de los cándidos recuerdos;
amargados por la imagen de aquel niño encantador,
esos púdicos ancianos — dos decrépitas figuras —
por momentos se contemplan con fatídico dolor.

Y hay que ver cómo esos buenos y piadosos viejecitos
abrazados débilmente se procuran consolar. . .
Amorosos se acarician, y se dicen cosas tiernas,
y pretenden—aunque en vano—sus angustias olvidar.

¡Qué felices ellos fueron con su dulce nietecito!
¡Qué orgullosos se sentían de aquel ángel juguetón!. . .
Si supiérais: era puro cual un ósculo de madre;
como el ritmo de los versos y el cantar de una ilusión.

Divertido, bondadoso, de cabello ensortijado;
abrigaba una dulzura tan divina y celestial,
que era el ídolo supremo de la gente del contorno,
y el que daba la alegría con su risa de cristal.

¡Oh! la muerte miserable que llevóse inconmovible
la amorosa criaturita de los ojos verde-mar. . .
La criatura que era el alma de las almas vecinales,
y la joya más divina de las joyas del lugar.

¡Pobre nene!... Tan temprano la torpeza de la Parca
de su nido diminuto cierta noche lo arrancó;
lo llevaron, como a todos, dormidito al camposanto,
y en su tumba reducida, cada cual dejó una flor.

Al morir aquel tesoro, se quedaron muy solitos
esos pálidos ancianos que no saben ya reir,
y que sólo llevan siempre dentro el pecho, muy adentro,
la amargura indefinible de un patético sufrir.

Para ellos todo es sombra, todo es luto, todo es llanto.
No fabrican para el nieto más barquitos de papel. . .
Ni relatan a ninguno las fantásticas historias
del perrito y la gallina, de la rosa y el clavel.

Aquel cuento **desgarrante** del muchacho que era malo,
y del **cuco** que en su bolsa lo quería aprisionar;
ya no cuentan imponentes los llorosos abuelitos
porque el nieto susceptible se ha marchado del hogar.

¡Oh! la muerte miserable que llevóse inconmovible
la amorosa criaturita de los ojos verde-mar. . .
La criatura que era el alma de las almas vecinales,
y la joya más divina de las joyas del lugar.

CONFESION

Oyendo sollozar, cierta mañana,
a un nenito de sólidos cachetes:
—¿Qué ocurre? — le inquirí — ¿Te hiciste **nana**,
o algún chico se fué con tus juguetes?

¿Robaste todo el dulce? ¿En penitencia
no irás con tus hermanos a paseo?
¿Qué sufres a tu edad, toda inocencia?
¿No sabes que el llorar te queda feo?

Y entonces, como un hombre que procura
explicar su tristeza, la criatura
levantó rumbo al cielo su dedito.

—¿Pero qué?... — preguntéle.—Dí... Responde...
—Yo quelo mi mamita... —¿Y vive dónde?
—E nel chelo. Me lo dició papito.

MATER DOLOROSA

Pero, lindo, no llores, que prontito
vendré; te lo prometo.
¿Cómo quieres que parta yo tranquila,
si lloras que da miedo?
Tú sabes que me encuentro no muy fuerte.
Según me aconsejó de nuevo el médico,
es preciso que deje Buenos Aires
por un poco de tiempo.

Sonríete, criatura,
que tu pena me causa sufrimiento.
Volveré muy sanita, para entonces
comerte, rico, a besos,
y llevarte a que juegues con los chicos
a la "mancha subida" y a otros juegos.

Ya verás, alma mía, cuando vuelva;
te traeré un caballito y un muñeco,
y también, si no lloras,
un montón de figuras y de cuentos.

Vamos, ángel: ¿no ves que toso mucho?
Y la tos, mi nenito, daña el pecho.
Si no voy a tomar un poco de aire
estaré, casi siempre, así, tosiendo.

¿Verdad que no te gusta que yo tosa?
¿No es cierto que es muy feo?

De noche, apenas duermes.
Con mi tos cada rato te despierto.
Contempla que feota es mi carita.
Yo sé que asi delgada no merezco
vivir al lado tuyo.
¿Acaso no comprendo
que a ti te gustaría que mamita
te diera algunos besos?
¿No sabes que me duelen las espaldas
y que quiero sanar porque te quiero?
. . . .
El tren se puso en marcha.
La tierna margarita del ensueño,
esa buena mamá que rumbo a Córdoba
partía, aconsejada por el médico,
sintió su corazón llorar, muy triste,
bajo un grande y fatal presentimiento.

DOLOR

Al maestro Alberto Williams

—Mamita... ¿por qué papito
ya no viene más a casa?
¿Por qué nos deja solitas?...
—Querida, porque trabaja.

—¿Y al terminar su trabajo,
vendrá a sentarse en mi cama
y a repetirme la historia
del pajarito sin alas?

—Tal vez, mi hijita, quizá...
¡Pero es su labor tan larga!
Yo creo que tu papito
tardará en volver a casa.

Se fué distante de aquí,
vive en regiones lejanas,
donde el que es malo, no llega,
donde nacieran las hadas...

Donde las penas no existen
y sueñan siempre las almas
bajo el divino susurro
de las seráficas arpas.

—Mamita... pero, contesta:
¿no habrá peligro de nada?
¡Qué pena si a mi papito
le ocurriera una desgracia!

—No temas, ángel, por eso,
ni digas tales palabras,
que si algo le sucediera
nos mandaría una carta.

Y la hermosa criaturita,
llena de amable esperanza,
sobre el regazo materno
durmióse en aquella estancia.

Y luego se oyó el lamento
de la madre sacrosanta.

Pensó la pobre mujer
en las muertas horas blancas,
en el esposo querido
que se llevara la Parca.

Y en un arranque supremo,
bajo los rayos de Diana,
tomando la cabecita
de la criatura enlutada,
besóla ciento de veces
y la bendijo con lágrimas.

INDICE

AGUAFUERTE

NOCHE...





